

EL SÓTANO

Era un niño de seis años y tenía miedo. Miedo del claroscuro de la decoración neoclásica de mi casa misteriosa. Miedo de los cuadros antiguos y de las historias de las almas en pena que cohabitaban con nosotros. Miedo de la profunda oscuridad y de los golpes inexplicables en el techo de mi habitación mientras dormía. Miedo del Ouija con su copa de sangre de cristo con los que en noches tenebrosas se exaltaban mis primos mayores escuchando música clásica terrorífica. Fue más que una pesadilla. Mi papá nunca me contó la verdad sobre los fantasmas y los espíritus que rondaban la estancia, yo lo descubrí por mí mismo.

Fue una noche en que no había nadie allí cuando vi que había una manija al fondo de la chimenea de piedra de la sala principal. Entonces me metí allí dentro y luego de forcejear la manija, por el fondo de la chimenea se abrió una compuerta. Entré y prendí unas luces tenues en el umbral. Me fui a encontrar con un pasadizo secreto que daba a unas estrechas escaleras curvas con paredes de piedra. Descendían más y más hacia una humareda de humedad y polvo. Entonces llegué a una sala como de castillo medieval con una mesa rectangular en el centro, libros en estantes en las paredes y al fondo, encima de un baúl mágico, un espejo. Todo estaba entre sombras pero podía reconocer unos ratones sucios merodeando por los pisos llenos de tierra y polvo.

Logré sobreponerme al miedo pero antes de mirarme al espejo o abrir el baúl mágico (seguramente lleno de tesoros o del mago de Alí Babá), me percaté de que un estante de libros era a la vez, una puerta secreta. Sentí miedo de tan solo pensar en abrir la puerta y, a pesar de que mi corazón se aceleraba cada vez más, lo hice.

Estaba muy oscuro y no encontré el interruptor de las luces pero sí vi una linterna. Entonces la prendí y empuñé fuerte para evitar a toda costa que se apagara. Detrás de la puerta, se veía lo que era la entrada a unas catacumbas mezclada con una cava de vinos rodeada por ladrillos envejecidos en las paredes y los techos arqueados. Entré y caminé un largo trecho hasta que sentí mucho frío y que de mi aliento se escapaba la humedad y el polvo enrarecido del ambiente. La linterna parpadeaba como queriendo apagarse. Unos escalofríos recorrieron mi espina dorsal cuando vi varias sucias botellas antiguas de vino y cráneos humanos. Ratas y serpientes se escabullían y enredaban por entre la cavidad de los ojos de esos cráneos pestilentes encima de una cripta de mármol. En ese momento me puse pálido, empecé a temblar y mi corazón sentía que se iba a parar de lo intensamente que latía.

Debía salir de allí a como diera lugar pero no encontraba la puerta de salida. Corría infructuosamente de un lado a otro buscando la salida de ese laberinto infernal. Finalmente salí de allí hasta de nuevo encontrarme en la tenebrosa penumbra de esa tétrica sala.

Hice un gran esfuerzo de valentía para no salir corriendo despavorido a la salida de las escaleras y me contuve. Esos libros viejos no me interesaban por el momento, rodeé la larga mesa central y me acerqué al baúl mágico debajo del espejo. Ese espejo parecía que fuera la puerta oscura, el umbral que me llevaría a otra dimensión, a un mundo desconocido. Pero no, antes de intentar meterme dentro del espejo, pude ver en su turbiedad, un reflejo que debía de ser yo, pero no me reconocí, mi reflejo se había convertido en una momia cadavérica sin dientes, que vomitaba sangre y pus y que los ojos desorbitados se desparramaban hacia el piso como bolas de baba. Mi cabeza iba a explotar. Puse mis manos en mis mejillas y grité con todas mis fuerzas un alarido sobrenatural e insufrible que, al entrar por mis oídos hacía reventarme los tímpanos, me llenaba el cuerpo y salía por cada poro de mi piel. No como en el cuadro “el grito” de Edvard Munch, sino con la boca tan abierta como para ser del tamaño de la cara.

Fue entonces que el baúl se abrió, yo caí dentro y se cerró de nuevo. ¡No era un baúl, era un ataúd! No me podía mover de lo estrecho de mi lecho mortal, no podía gritar aunque lo deseara desesperadamente. Intentaba con todas mis fuerzas golpear y abrir el ataúd pero no podía. Quería arañar las piedras aunque me diera “cosa”. Intentaba dolorosamente moverme de un lado al otro pero era inútil, o por lo menos cambiar de posición en ese ataúd horrible pero no podía ni siquiera moverme.

Hacía todas mis fuerzas por despertar de esta horrible pesadilla, sin embargo, fue finalmente luego de un esfuerzo sobrehumano que lo logré. Una corriente de dolor por todos los nervios de mi cuerpo me hizo despertar y darme cuenta de que fue solo un sueño desgraciado. Luego de ir al baño y mojarme la cara me di cuenta de que iba a ser difícil pasar esa larga noche en mi casa misteriosa que era un punto minúsculo de la tierra en el infinito universo.

Mauricio del Campo Robinson
Mauricio **d**el **C**ampo

21 de mayo del 2009